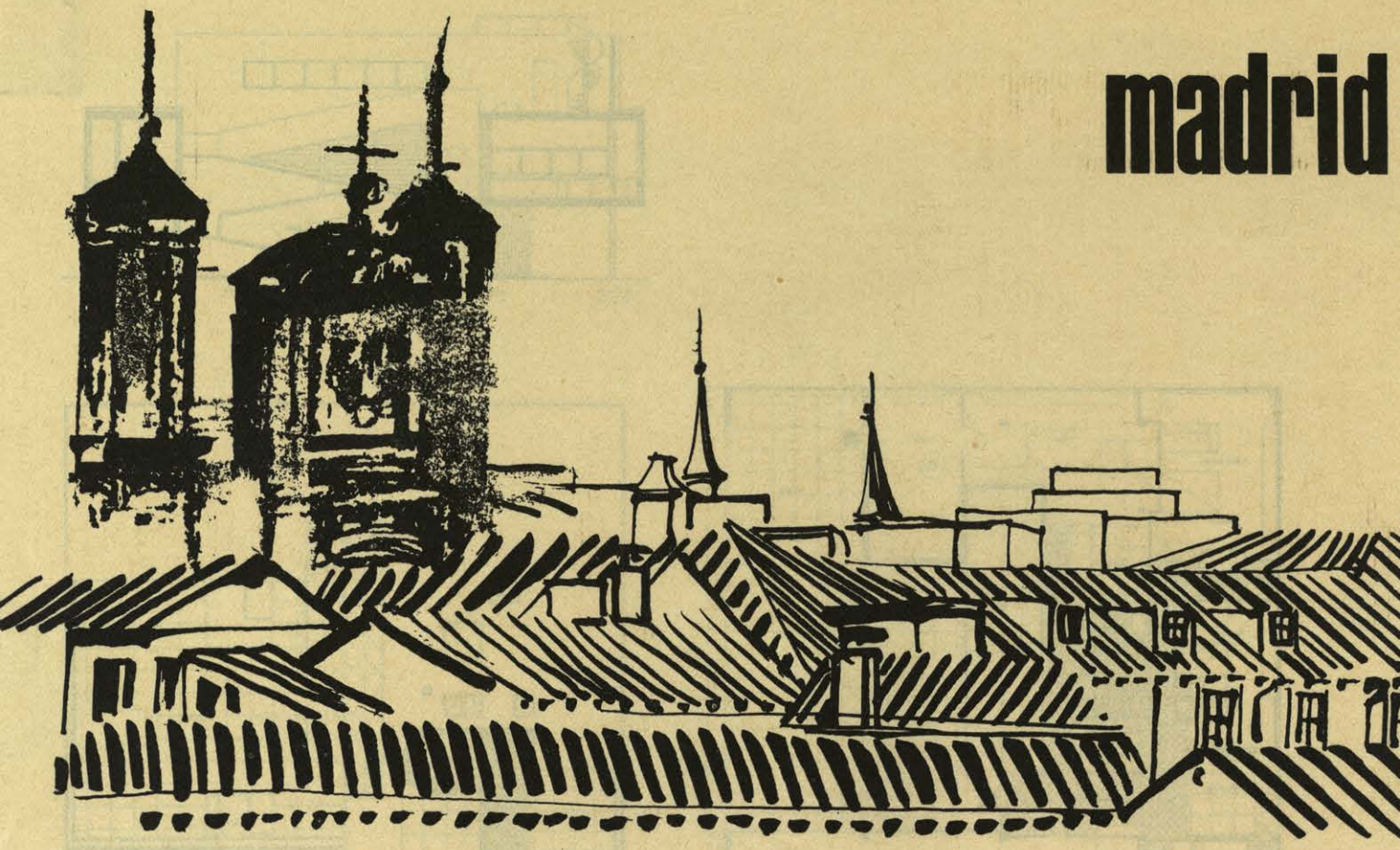
madrid



En el número de enero del año 1870 en la revista *La Ilustración de Madrid* publicó el señor Bremón el artículo que aquí se reproduce, ya que lo que en él se dice tiene una cierta semejanza con lo que opinamos ahora sobre nuestra ciudad. Si aquella situación le producía tan grandes congojas al señor Bremón, habría que ver lo que hubiera pensado del Madrid actual.

Siempre es lo mismo: y es muy de temer que a mediados del siglo XXI los madrileños añoren con nostalgia este Madrid simpaticón y amable de 1965.

J. F. BREMON.

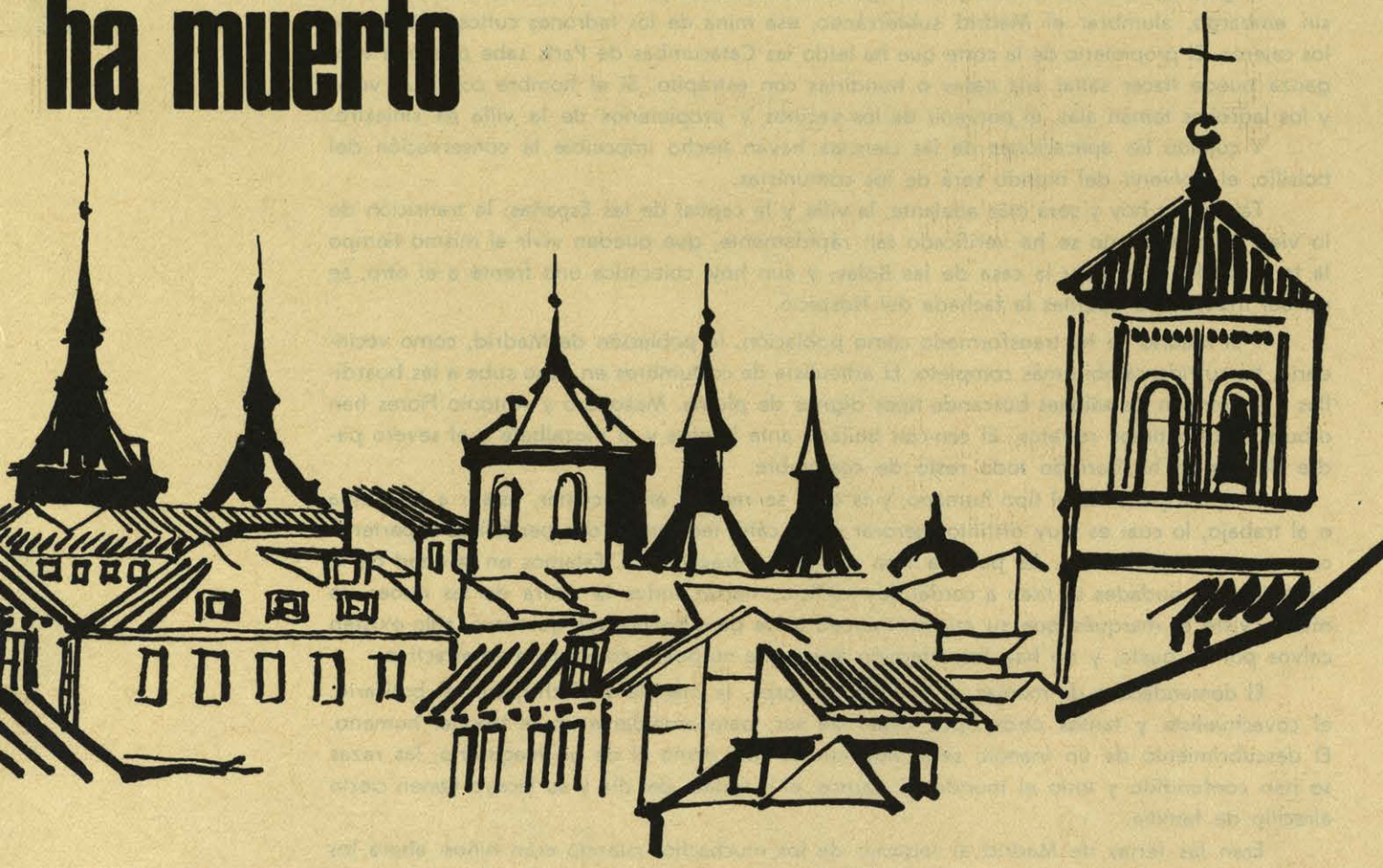
Mesonero Romanos, que presenciaba la agonía del Madrid antiguo, salvó, con su pincel, algunas fisonomías populares próximas a borrarse.

Ya era tiempo; cayeron a tierra las famosas gradas de San Felipe; los conventos se convirtieron en plazuelas; el templo de los Basilios, en teatro; el campo del Moro se transformó en jardín; la Tela subió al nivel del puente de Segovia; perdieron su escabrosidad las Vistillas y la Cuesta de la Vega; rodaron las antiguas puertas de la villa y los árboles más frondosos del Retiro; la torre de Santa Cruz fué ejecutada, y la parroquia de Santa María, en vano, alegó ser la decana de las iglesias de Madrid para escapar al exterminio; Santo Domingo el Real, bajo cuyas bóvedas habían resonado las choquezuelas de don Pedro de Castilla, fué condenado a la piqueta, y el parque de Monteleón y el convento de las Maravillas, testigos del sacrificio de Daoíz, Ruiz y Velarde, empapados en sangre madrileña, se trocaron en un raquítico jardín donde vegetan tristemente algunas plantas opiladas.

Y, entre tanto, a los pies del Altillo de San Blas silbaba la locomotora y apuntaban al cielo, como inmensos telescopios, las chimeneas de algunas fábricas de jabón y chocolate.

Un círculo de reyes de piedra parecía jugar al corro en la plazuela de Oriente; los leones del Congreso enseñaron la lengua al transeúnte, y las Evas de Madrid tuvieron en el Teatro Real su paraíso. Brotaron palacios en Recoletos; la Puerta del Sol logró el ensanche suspirado, a costa de algunos callejones, y se desenroscaron las calles del Arenal, Carmen y Preciados. Las casas de Chamberí se acercaron a saltitos a la corte. El cuartel del Príncipe Pío

ha muerto



desalojó de su torre a las palomas; se construyó el nuevo Matadero y la Fábrica de la Moneda se colocó, como era natural, cerca de los capitalistas. Los desesperados perdieron con el Canal el último recurso, y el Canal de Isabel II apagó la sed de las escurridas fuentes de la villa, dejando en seco a muchos descendientes de Pelayo. Las mangas de riego modificaron el clima de Madrid, que tuvo también dos nuevas estaciones, la del Norte y Mediodía. Nació el barrio de Salamanca con sus casas puestas en orden de parada, y los de Pozas y Argüelles se adelantaron humildemente hacia San Bernardino. La puerta de Alcalá, abandonada de todos, no tuvo a quién arrimarse; los huesos de los españoles célebres pasaron con toda pompa a las bóvedas de San Francisco, donde esperan la resurrección de la carne, y la torre de la Trinidad anunció más de una vez con débiles gemidos su firme propósito de aplastar a algún ministro y a todos los empleados de Fomento.

El gas alumbró al Madrid moderno con sus innumerables cafés, lujosos escaparates, museos fotográficos, iluminados quioscos, fábricas de bebidas gaseosas, farmacias, casas de socorro, columnas mingitorias, placas de seguros y salas evangélicas. Y sólo en los libros de Mesoneros Romanos y en las crónicas quedaron vestigios del Cubo de la Almudena, el Alcázar de la Puerta de Santa María y la antigua muralla del primer recinto de Madrid, cuyos cimientos yacen bajo la calle del Espejo e inmediatas. ¿Quién dará razón hoy de las puertas de Balnadú y de la Culebra, por donde salieron los moros y entró el ejército de Alfonso VI? Es verdad que si la mayoría de los madrileños ignoran dónde estuvieron aquellos sitios an-

tiguos, otra buena parte no sabe dónde se encuentran hoy las calles de Madoz y de Topete.

El gas, ese rival de la luna y enemigo de los amantes y de los rateros, no ha podido, sin embargo, alumbrar el Madrid subterráneo, esa mina de los ladrones cultos y terror de los cajeros. El propietario de la corte que ha leído las Catacumbas de París sabe que una venganza puede hacer saltar sus casas o hundirlas con estrépito. Si el hombre consigue volar y los ladrones toman alas, el porvenir de los vecinos y propietarios de la villa es siniestro.

Y cuando las aplicaciones de las ciencias hayan hecho imposible la conservación del bolsillo, el porvenir del mundo será de los comunistas.

Tal fué, es hoy y será más adelante, la villa y la capital de las Españas; la transición de lo viejo a lo moderno se ha verificado tan rápidamente, que pueden vivir al mismo tiempo la torre de los Lujanes y la casa de las Bolas; y aun hoy, colocados uno frente a el otro, se ríe del tribunal de Cuentas la fachada del Hospicio.

Y si Madrid se ha transformado como población, la población de Madrid, como vecindario, ha sufrido cambio más completo. El articulista de costumbres en vano sube a las boardillas y penetra en los salones buscando tipos dignos de pluma. Mesonero y Antonio Flores han dibujado los últimos retratos. El can-can bailado ante la niña y el mozalbete y el severo padre de familia ha borrado todo resto de costumbre.

El tipo español es el tipo humano, y la vida se reparte entre comer, asistir a la oficina o al trabajo, lo cual es muy distinto, perorar en el café, leer uno o dos periódicos y pertenecer a un partido político. La palabra tipo significa extravagancia. Estamos en la edad de lo simétrico: las ciudades se tiran a cordel, los edificios tienen todos la altura de las nubes; lo mismo viste el marqués que su criado; merced a los descubrimientos químicos, sólo existen calvos por su gusto, y no hay imperfección física que no pueda convertirse en atractivo.

El demandadero de monjas, el guardia de corps, la manola y el chispero, el boticario, el covachuelista y tantos otros tipos dejan de ser, para amoldarse en el troquel humano. El descubrimiento de un manolo sería hoy tan notable como el de un megaterio; las razas se han confundido y todo el mundo se parece: el magnate del día y su lacayo tienen cierto airecillo de familia.

Eran las ferias de Madrid el regocijo de los muchachos cuando eran niños: ahora los madrileños nacen viejos, y las ferias dan su última boqueada al lado del Hospital General, cerca de la capilla en que se exponen los cadáveres. Los amantes de Ultra-tumba ya no recorren las plazuelas buscando entre los cuadros viejos algún retrato de mujer con monumental peineta de concha y ahuecadores en los hombros, para extasiarse ante su imagen tarareando un dúo de la Atala.

La histórica bacía, el yelmo de Mambrino, huyó del centro de Madrid en dirección a los portillos, y la brocha sustituyó al jabón, y las tenazas al aceite de Macasar.

La castañera de Madrid trocó su puchero de barro por la caldera de hierro; la vainilla se introdujo en el chocolate; el miriñaque en la mujer del pueblo y el hijo de familia en los cafés; y ya no hay verdadero chocolate ni mujeres de pueblo, ni hijos de familia, ni se sabe asar castañas.

Tan bien como en París se habla ya el francés en la plaza de toros. El pintoresco calesín desaparece, y el Museo Arqueológico está pidiendo algunos ejemplares. En cambio, los pollos de Madrid asoman sus cabecitas por un cesto. Hace ya algunos años que se perdió para el ornato público el famoso coche del Tío Teja, cuyo paso triunfal era siempre saludado por pedradas y silbidos. Su pérdida es irreparable como monumento histórico. Su caja había transportado a la ermita de San Isidro quince generaciones de madrileños. En la caja de aquel coche se enterró el Madrid antiguo con sus trajes y sus costumbres.

Madrid ha muerto, como Viena, San Petersburgo, Lisboa y Constantinopla.

Ya no hay poblaciones, sino una población construída o modificada según el plano de París y repartida por el globo en ejemplares de diverso tamaño.

Madrid ha muerto. Sólo en las noches en que el gas luce muy poco y el cielo está nublado, la imaginación ve claramente por encima de las veletas de las torres y en los informes grupos de los más altos edificios resucitar el antiguo Madrid con sus calles tortuosas, sus caballeros, sus discretas damas, sus pueblo leal y sencillo, sus templos, sus artistas, sus poetas y reyes.

(De *La Ilustración de Madrid*, 27 enero de 1870.) Foto Gómez.